

## MI RECUERDO DE ANTONIO

**D**e Antonio López Eire, tenía yo, desde hacía tiempo, alguna referencia. Le conocía de oídas y le había visto alguna vez, de lejos, pero nunca había cruzado palabra con él. Para mí era el hijo de don Ángel López Ruiz, cuyo texto de Filosofía había yo utilizado en el Bachillerato, y que era persona muy conocida e influyente en el ambiente educativo de la ciudad cuando, a mediados de los años cuarenta, llegué a Salamanca para estudiar Medicina.

Me parece recordar que el primer contacto personal con él fue a propósito de su interés por un amigo suyo que iba a ser atendido en el Hospital Clínico. Pero nuestra relación no pasó de la habitual entre colegas de distintas Facultades. Es decir que nos veíamos de tarde en tarde: adiós, adiós, y... poco más.

Un trato más cercano se inició con ocasión de la participación de ambos (juntamente con Mariano Álvarez y Félix García López, de la UPSA), en una Mesa Redonda sobre “Perspectivas no filosóficas de Lenguajes sobre Dios” dentro del XIII Encuentro de la Sociedad Castellano-Leonesa de Filosofía (1997). Este momento y esta circunstancia, que encierran para mí un doble e inolvidable recuerdo, son el relato que constituyen mi modesta aportación a este “libro de amigos”.

El primero de los recuerdos se refiere al impacto que me produjo escucharle. Me explicaré. Su intervención, que trataba del lenguaje sobre Dios en la Grecia Antigua, fue la primera. Sacó del bolsillo una octavilla, colma de una diminuta letra a la que miraba de soslayo, mientras exponía la cuestión con una soltura y con una elegancia que los que le hayan oído alguna vez no necesitan de más

explicaciones y los que no le hayan oído nunca no pueden imaginarse. Yo entonces formaba parte de éstos últimos y esperaba para intervenir, después de él, acerca del lenguaje sobre Dios en la Medicina. Pues bien. A medida que le escuchaba me iba “hundiendo” más y más y más en el fondo del sillón en que estaba sentado a su lado. Cuando acabó su exposición tan empequeñecido me sentía que lo que me pedía el cuerpo (y el alma) era salir corriendo de allí y desaparecer, como fuera, lo antes posible. Esta situación produjo paradójicamente en mí, junto al placer de escucharle, uno de los peores “tragos” que he pasado en mi vida. Me parecía el momento más inoportuno de mi vida para balbucir cuanto yo tenía que decir, aunque ahora lo evoque con humor.

El segundo recuerdo se refiere al contenido de aquella su exposición. Lejos de mí tratar de hacer un resumen de la misma. Mi compendio se podría reducir diciendo que, después de escucharle, llegué a la convicción de que, en cuestiones referentes al pensamiento, las ideas madres, la historia y los principios (tan lamentablemente ausentes de nuestro medio y de nuestra sociedad), sobre los que ahora es tan difícil encontrar interlocutores de peso y equilibrio, tener cerca a Antonio era no sólo una suerte sino además un lujo.

Siempre ha constituido para mí un motivo de preocupación (por razones obvias) la tensión entre lo profano y lo divino a la que está sometido el hombre religioso y la dificultad que entraña el vivir armónicamente estas dos “condiciones” sin que se estorben e interfieran. Oír a Antonio decir al comienzo de aquella intervención que *“los griegos rompieron a filosofar no por su asombro de la naturaleza, sino por su admiración ante lo divino de la naturaleza”* y que *“los primeros filósofos fueron pensadores que no concibieron una naturaleza profana y desacralizada constituida por pura materia alejada de la presencia de Dios”* constituyen como una puerta entreabierta para tratar de compaginar, de modo razonable, dicha ambivalencia.

Después de este primer encuentro nuestro trato se hizo más frecuente y más cercano, sobre todo desde la boda de su hijo, a la que fui invitado para participar como cura.

A partir de entonces fueron diversas las ocasiones que tuve de escucharle en intervenciones en la Universidad o en el Colegio de Médicos, en cuya Aula de Cultura acabó haciéndose, por méritos propios, habitual, imprescindible y magistral participante.

Pero, sobre todo, tuve algunas oportunidades (menos de las que ahora me hubieran gustado y deseado) de compartir con él y los suyos compañía, charla y mantel. No hubo tiempo para más. ¡Cuanto más hubiera podido aprender de él! Pero bueno, lo aprendido por aquí queda.

*Agustín Ríos González*